

Constituían un palacete con organización propia, en torno de un patio, y que no era muy grande, pero sí muy ricamente ornado, a juzgar por los restos que de él nos quedan tras la sobria fachada del XVI, que da a la plaza de las Arquetas y que ostenta los blasones de la noble familia de los Mercado-Peñalosa.

Pasado el zaguán, amplio y sombrío, se llega a un patio cuyas pequeñas proporciones nos indican que no puede ser el del gran palacio de Enrique IV, aunque sí el centro de uno de sus pabellones, el habitado por la Reina. Las columnas de este patio han sido rehechas en el pasado siglo, aprovechando trozos de las antiguas por lo cual aún conservan el mudejarismo de su traza. En el fondo, un bellissimo arco apuntado, flanqueado por dos puercecillas de arco escarzano, da entrada a los amplios salones de la planta baja, así como también otros arcos análogos, uno que aún se conserva, al lado izquierdo y otro independiente de éste e idéntico a él, que ha sido destruido, pero del cual perduran algunos restos.

Hermoso trabajo de yesería es el de estos arcos -en los cuales aparece patente la mano del maestro Jadel Alcalde, que trazó el de la sala del pabellón en el alcázar, al cual tanto se asemejan. Han perdido, bajo una capa de cal, su policromía, que sólo los blasones conservan, pero aún nos sorprende la belleza y minuciosidad, la delicadeza incomparable de sus labores. El mayor y más hermoso, en frente de la puerta de entrada tiene por alfiler una ancha faja cubierta por labores del gótico flamígero que ostenta en su centro señeras las armas de Castilla, y a ambos lados las mismas partidas con las de Portugal; muy fina labor es también la de las albanegas y de la crestería; pero lo más característico son las cintas que perfilan el intradós que se unen en la clave formando una voluta idéntica a las que vemos en los arcos de la alfajería; luego en el palacio de Cogolludo, y, por último, en el Alcázar, como nota característica del estilo del morisco Xadel Alcalde.

De las habitaciones de la planta baja, sólo aquella a la cual daban entrada la hermosa puerta del fondo y las puercecillas laterales, conserva su carácter merced a un sencillo artesonado decorado con pinturas de hojarasca y entre cuyos entrecanas aparecen, de pincel, las armas de Castilla; fuera de esta pieza amplia y sencilla, de las demás sólo se ven acá y allá algún resto de artesonado semejante. La escalera de piedra que se ve en un ángulo, es sin duda la primitiva, aunque desprovista del rico antepecho que no dejaría de tener. Llégase por ella a un rellano por el cual se entraba a las salas del piso principal. La puerta, adornada también con yeserías, es casi una pequeña copia de la sala del solio, si no en los detalles de labores en yeso, que aquí son menos mahometanos y más flamígeros, por lo menos en la organización, vuelven a aparecer esas típicas cintas que perfilando el arco se enroscan, cruzándose, para formar el alfiler, y que sirven para demostrar una vez más la intervención en este edificio de la cuadrilla mudejar que trabajaba en el Alcázar; muy primorosas son también las filigranas del ventanal cercano.

En el renovado interior, no quedan más recuerdos de su antiguo destino que una escalera de caracol, muy malparada, hábilmente construída en ladrillo, que sin duda daba acceso a las camarillas del último piso y a

aquellas famosas galerías de los espejos que correspondían a esta parte del palacio.

Fuera de estos departamentos de Doña Juana, lo restante del edificio perteneciente hoy a muchos dueños y destinado a muy diversos usos, apenas, muestran algún detalle de construcción, algún resto de artesonado, unos arcos tapiados, algún ajimez medio destruido. No obstante aún, en este mismo año he podido descubrir, en la parte que es Escuela de Bellas Artes una camarilla, olvidada entre los desvanes y que no tenía acceso hasta que con motivo de ciertas reparaciones hubo de derribarse un muro; conserva esta camarilla un lindo artesonado con hojarasca de cardo pintada en grisalla sobre fondo rojo, y entre cuyas vigas se figuraron, de pincel, las armas reales de Castilla, pero lo más curioso de la pieza es un arco de herradura empotrado en el muro y que sin duda comunicaba con cámaras hoy desaparecidas. Este arco de herradura, análogo a los de San Antonio el Real, nos habla de los moriscos alarifes de Enrique IV. Conserva el palacio lóbregos subterráneos, en alguno de los cuales encerraba quizás el Rey sus alimañas.

Esto es lo que resta de la casa de Enrique IV. Los Reyes católicos fueron los últimos en habitarla; ya en 1510 aparece dividido entre varias familias; los Mercado hicieron casa solariega en las habitaciones de Doña Juana; Barros y Medinas en el centro del palacio, donde fundaron luego un hospital de ancianos, cuya capilla ostenta un bello artesonado que por algunos se ha creído procedente del antiguo palacio real. Porras y Bracamontes habilitaron para sus moradas la parte de Poniente. La nueva raza de Reyes, venida del Austria, no supo comprender, en su altivez y su melancolía, estos claros palacios, construídos con moruna y sensual vistosidad, entre el bullicio de las ciudades de Castilla; refugióse en los alcázares altaneros y aún hizo construir la inmensa fábrica ascética y sombría del Escorial; desaparecían en tanto las antiguas moradas de Reyes, convertidas unas en conventos, desmembradas otras, como esta de San Martín, al tiempo en que Castilla, la recia y generosa, comenzaba a decaer, luego de haber hecho posible, con sus energías, la grande España del siglo XVI.

JUAN DE CONTRERAS

UNA EXPLICACION PRECISA

Prometimos no há muchos números, atender con especialísima atención a las fechas de salida de esta Revista, para que fueran en sus días anunciados, fijos, como corresponde, pero la fatalidad nos persigue.

No solo por esta promesa, sino porque es nuestro deber lanzarla oportunamente, y además nuestro deseo más significado, nos contraría más, nos duele extraordinariamente publicarla con algún retraso, como hoy nos sucede, debido a las dificultades para el aprovisionamiento de papel.

Tenemos hechos grandes contratos, no solo ya para el importante consumo de nuestras revistas, sino también para el considerable gasto de nuestros talleres tipográficos, pero lo recibimos con demasiada lentitud, que resulta doble, por la dificultad de los transportes. Las remesas de las fábricas, nos tardan diez veces más que antes. Por esperar una de ellas, es la causa del retraso de este número, lo que podemos probar, no dudando lo comprenderá nuestro público, y nos disculpará. A pesar de estar prevenidos para ello, no han vaído en esta ocasión nuestras prevenciones, que procura emes nos respondan para en lo sucesivo.